

¿Importa ser nación?

1

Emilio Lamo de Espinosa

**Catedrático de sociología
Universidad Complutense**

Creo que un congreso de sociología española que aborda el tema de la cultura hoy en un mundo globalizado no debe permanecer ajeno a una de las grandes preocupaciones actuales de los españoles: qué es una nación, si importa o no serlo, si es España o no una nación, un tema que me ha preocupado en numerosas ocasiones (ya hablé de el en el Congreso de Salamanca), y al que deseo regresar hoy. No es, como sabemos, un problema que preocupa solo a los españoles. Preocupa en Francia, en muchos de los países, europeos o no, emergentes tras la caída de la Unión Soviética, reaparece en América Latina de la mano del indigenismo, en África como consecuencia de conflictos tribales y, en general preocupa en casi todo el mundo.

Concretamente en España, tanto el nuevo Estatuto de Cataluña, ya aprobado y en vigor, como el anterior Plan Ibarretxe, e incluso el Estatuto de Andalucía y otros que le siguen con su énfasis en la “realidad nacional” parecen sustentarse en tres afirmaciones básicas: 1.-Cataluña o Euskadi (¿también Andalucía?) son una nación; 2.-España, sin embargo, no es una nación sino, al parecer, un Estado pluri-nacional o, como mucho, una nación de naciones (que son, no obstante, y como veremos, cosas muy distintas); 3.- y finalmente, ser nación es algo importante, marca una diferencia, da derecho a algo.

De las tres afirmaciones esta última es la crucial pues, si no fuera así, ¿a cuento de qué es importante que Cataluña o el País Vasco sean nación y España no, o al revés? De modo que la pregunta clave en el actual debate es, a mi entender la que encabeza estas páginas: ¿importa ser nación? Y creo que la sociología puede ayudar a dar respuesta a esa pregunta.

Pues bien, tengo para mí que, mas allá de cuestiones jurídicas o constitucionales, ser o no nación hace tiempo que dejó de ser (o debió dejar de ser) importante. Y para demostrarlo intentaré proceder del siguiente modo.

1. Expondré primero, la teoría básica del Estado-nación según la pensamos cotidianamente, el modelo o arquetipo, por así decir.

¹ Este texto es una revisión y ampliación de la conferencia pronunciada en la sala de conferencias de La Caixa en Madrid el 17 de febrero del 2006, posteriormente publicado en *Revista de Occidente*, 301, Junio 2006, pp.118-139.

2. En segundo lugar indagaré si ese modelo se ajusta a la realidad o, por el contrario, la deforma.
3. En tercer lugar, veremos si las tendencias históricas actuales son favorables o desfavorables para ese modelo.
4. Y finalmente trataré de alcanzar algunas conclusiones regresando, ahora sí, inevitablemente, a España.

Introducción

Y comenzaré con una cita, que es un resumen perfecto de lo que trato de defender. Dice así:

El Estado comienza cuando el hombre se afana por evadirse de la sociedad nativa dentro de la cual la sangre lo ha inscrito. Y quien dice la sangre dice también cualquier otro principio natural; por ejemplo, el idioma. Originariamente el Estado consiste en la mezcla de sangres y lenguas. Es superación de toda sociedad natural. Es mestizo y plurilingüe.

Pues bien, no se trata, como puede parecer, de Charles Taylor o algún moderno multiculturalista. Se trata de Ortega y Gasset en el libro más influyente de la sociología española (aunque casi nadie lo lee ya), La rebelión de las masas, recientemente reeditado en el vol. IV de las Obras Completas². Una cita que es todo un programa político, y que podríamos contraponer a esta otra que dice:

la democracia sólo puede llegar a funcionar allí donde existe una previa realidad nacional; y ello, por supuesto, no en un sentido étnico sino predominantemente cultural: sólo quienes comparten un núcleo de tradiciones, creencias y valores estarían en condiciones de organizar su vida colectiva democráticamente. A falta de ese acuerdo básico, de naturaleza eminentemente pre-política, no cabría la democracia³.

Y no es una cita de Sarkozy, sino la famosa sentencia del Tribunal Constitucional alemán de 12 de octubre de 1993 relativa al tratado de Maastricht según la cual Europa sólo podrá ser democrática cuando sea una nación.

La pregunta es ¿quién tiene razón? ¿El Tribunal Constitucional alemán y su defensa del Estado-Nación homogéneo u Ortega y su defensa del mestizaje y la diversidad?

² Obras Completas, Vol. IV, pág. 474.

³ Citado en Luis María Díez Picazo, Contra el romanticismo político. Notas sobre la idea de nación en la construcción europea, Revista de Occidente, 243, 2001, p. 101

El éxito de la fórmula Estado

Mi objetivo es claro: pretendo poner en entredicho el modelo del Estado-Nación. Y por ello me interesa comenzar resaltando que, si bien creo que el Estado-Nación está en crisis, no podemos decir lo mismo del Estado. Muy al contrario.

En 1945, cuando se crean las Naciones Unidas, estaban constituidas por 44 Estados. Un siglo antes había más o menos la mitad, un par de docenas de Estados. Hoy son 192 en la ONU. Si añadimos el Estado del Vaticano y otros, hay un total de unos 200 Estados en el mundo, de modo que se han multiplicado por cuatro en medio siglo, por 10 en dos siglos. Los Estados se han expandido hasta abarcar todo el territorio disponible.

Es cierto que asistimos a una pérdida de soberanía de los Estados, lo que lleva a muchos a afirmar que el Estado está en crisis. Daniel Bell lo señaló hace ya años: el Estado es demasiado pequeño para muchas cosas y demasiado grande para otras. Es cierto.

Pero la globalización, que le roba soberanía, lo vitaliza. Pues globalización es también inter-nacionalización, y en los organismos internacionales están representados los Estados, no los ciudadanos. Las Naciones Unidas son unos Estados Unidos, no unas naciones unidas; ese es en buena parte su problema, que es un parlamento westphaliano y no el germen de una posible democracia mundial. En la Organización Mundial del Comercio, en el Banco Mundial, en la OTAN, son los Estados quienes están representados. Muchos pensaron que la UE debilitaría a los Estados a favor de las regiones. No ha ocurrido así. Los Estados siguen siendo los actores casi monopolistas del orden internacional que es, de hecho, un orden interestatal. Se argumenta muchas veces que las grandes empresas multinacionales son tan importantes como los Estados, pero no es cierto. La multinacional más grande ocuparía el lugar 45 en el ranking de los Estados.

Podemos hacer una comparación histórica para entender mejor esta paradoja: del mismo modo que la emergencia del Estado liberal decimonónico reforzó la provincia o la prefectura como delegación del Estado responsable de un territorio y de su población, la emergencia de un tupido orden internacional y, sobre todo, de una nueva sociedad transnacional, refuerza al Estado como responsable de una “provincia” del mundo. Cuanto más internacionalizamos, más relevancia le damos al Estado como responsable ante la comunidad internacional de lo que ocurre en un territorio y con una población.

Ahora bien, cuando había sólo un par de docenas de Estados, era fácil que la mayoría sí fueran Estados-Nación. Pero a medida que la forma Estado se difunde la dificultad para que este sea, al tiempo, Nación, se acrecienta.

Pero veamos antes qué es el estado-nación.

¿Qué es el Estado-nación?

La Real Academia nos ofrece al menos cuatro acepciones a la palabra nación, a saber: 1.-Conjunto de los habitantes de un país regidos por el mismo gobierno. 2.-Territorio de ese mismo país. 3.-nacimiento, acción y efecto de nacer. Y finalmente, 4.-conjunto de personas de un mismo origen étnico que, generalmente, hablan un mismo idioma y

tienen una tradición común. En resumen, una mezcla de al menos cinco elementos: población, territorio, etnia o nación, lengua y Estado.

Efectivamente, todo Estado tiene al menos dos elementos, territorio y pueblo, que se refieren mutuamente. Pero la primacía de uno u otro varía grandemente en el tiempo. En el Antiguo Régimen los súbditos se vinculan directamente a la Corona por una relación de subordinación y lealtad mediada por el territorio. No se vinculan entre sí como pueblo sino que son pueblo porque tienen el mismo soberano de unos territorios, de modo que la conexión política es vertical. Así, se es súbdito de la Monarquía Española tanto si es borgoñón, aragonés, vizcaíno, quechua, napolitano o castellano. La diversidad de pueblos o de naciones en absoluto preocupa al soberano.

La democracia supone, por el contrario, un previo pacto pre-constituyente, horizontal, entre ciudadanos (no súbditos), sobre el que se construye el Estado. La democracia, dicho de otro modo, parte del pueblo y sobre él se erige el Estado, y por ello tiene como prerequisite un grupo humano, un *demos*, una comunidad en su sentido clásico (*Gemeinschaft*). Eso es la nación: un grupo con la suficiente solidaridad como para generar un proyecto de vida política en común (Renan). Ahora la vinculación horizontal, entre ciudadanos, es previa a la vertical y el territorio no es previo al pacto constituyente, sino su consecuencia: es territorio de un Estado el ocupado por los ciudadanos que forman parte del pacto.

Pues bien, a la hora de pensar la relación entre todos esos elementos el pensamiento político se ha estructurado a partir de una simple y sencilla fórmula que dice que allí donde hay una lengua hay una nación, y allí donde hay una nación, hay (o debe haber) un Estado. Es decir, las naciones se identifican porque tienen lenguas propias. Y si se es nación, se tiene derecho a ser Estado. Así pues Estado = Nación = Lengua.

Fórmula que no debe leerse sólo de abajo a arriba, de la nación hacia el Estado, sino también de arriba abajo, desde el Estado a la nación. Y ahora lo que resulta es que allí donde hay un Estado debe haber una sola nación, y para ello debe haber una sola lengua.

Así, cuando se dice que el hecho diferencial de disponer de una lengua otorga derechos de autodeterminación o de mayor auto-gobierno, se argumenta desde la nación al Estado, de abajo a arriba. Pero cuando un Estado trata de imponer una lengua (como intentaba en Francia en 1794 el Abbé Gregoire y más tarde la III República o ahora Sarkozy; o como intentan ahora algunos integristas americanos con la política del *english only*⁴), la lógica funciona de arriba a abajo: si queremos tener un Estado democrático viable, debemos crear una sola nación a través de la generalización de una sola lengua.

Unos piensan en términos de Estado-Nación. Otros piensan en términos de Nación-Estado. Es la misma lógica con dos sentidos. Totalmente opuestos, pero la misma lógica.

Dos modelos que reproducen específicas experiencias históricas de construcción del Estado-Nación, la francesa y la alemana. El modelo francés parte de la preexistencia del

⁴ Como Samuel P. Huntington en *Who are We? The Challenges to America's National Identity*, Simon&Schuster, Nueva York, 2004.

Estado Absoluto que, tras la Revolución, construye la nación francesa desde arriba, imponiendo la lengua, y utilizando como instrumentos privilegiados la escuela y el cuartel, el servicio militar. Tarea nada sencilla pues, como mostró Eugen Weber la transformación de los campesinos borgoñones o saboyanos en franceses no culminaría sino con la brutal sacudida de la Gran Guerra, hace pues menos de un siglo⁵.

Y de otra parte el modelo alemán de nacionalidad étnica, que parte de otra experiencia histórica: pues ahora la nación precede al Estado - no al revés-. Alemania es ya nación a comienzos del XIX -véanse los Discursos a la nación alemana de Fichte- mucho antes de la unificación de Bismarck de 1870⁶ aunque, incluso en este caso, Bismarck necesitó lanzar una *Kulturkampf* tras la unificación para reforzar la nación desde el Estado.

Pero el resultado, ya sea porque el Estado hace a la nación o porque la nación hace al Estado, es el mismo: Estado, nación y lengua coinciden, de modo que el *demos* que sustenta al Estado es culturalmente homogéneo.

Como sabemos, los modelos de pensamiento tienden a imponerse por su propia sencillez y este modelo que iguala lengua, nación y Estado, más simple que sencillo, alcanzó una popularidad abrumadora impulsado por tres espaldarazo prácticos: al desmembrarse los Imperios tras la Gran Guerra del 14, en la descolonización de la segunda post-guerra, y tras la caída de la Unión Soviética en los años 90. Y aunque se trata de un pensamiento derivado del historicismo romántico alemán, de Herder y la reacción conservadora y anti-ilustrada de la primera mitad del XIX, hoy forma parte no solo del arsenal ideológico de la extrema derecha (Le Pen en Francia, por ejemplo), lo que es comprensible, sino también del de buena parte de la izquierda, que ha acabado aceptándolo junto con el derecho de auto-determinación de los pueblos. Tan general es su aceptación que hoy es, no ya una idea, sino más bien una creencia, por volver a Ortega.

Recordemos otros de sus brillantes textos, Ideas y creencias⁷. Tenemos ideas, dice Ortega, y por ello podemos discutir las y aceptarlas o rechazarlas. Pero las creencias son aquello desde donde pienso las ideas, los instrumentos de mi pensamiento, el punto ciego de mi mirada. De modo que soy muy consciente de mis ideas pero no tanto de mis creencias. Y por ello, tengo ideas y puedo jugar con ellas, pero las creencias me tienen a mí. Es tarea del pensamiento crítico, concluye Ortega, transformar creencias en ideas para poderlas pensar.

Pues bien, esto es lo que me propongo, transformar la *creencia* en el Estado-Nación en *idea* a desechar. Pues que la lengua es marcador de nacionalidad y que toda nacionalidad tiene derecho a un Estado no es una idea que pensamos sino más bien una creencia que nos piensa y nos posee. Y no solo a los legos, sino también los expertos, como los juristas alemanes. Tanto que, según el gran sociólogo e historiador Charles Tilly, este supuesto es nada menos que el primero de los "Ocho Postulados Malignos" de la ciencia social del siglo XX que pudo identificar: que *el mundo como un todo se divide en "sociedades" distintas cada una con su cultura, gobierno, economía y*

⁵ Weber, E., Peasants into Frenchmen: the modernization of rural France 1870-1914, Chatto and Windus, Londres, 1976.

⁶ Fichte, Johann Gottfried von, Discursos a la nación alemana, Editora Nacional, Madrid, 1977, e.o. 1807-1808.

⁷ Revista de Occidente, Madrid, 1942.

solidaridad, mas o menos autónoma. Uno de los grandes teóricos del nacionalismo, Kedourie lo señaló también al remarcar que el discurso nacionalista se basa en la idea de que *la humanidad se divide naturalmente en naciones*⁸.

Estados, lenguas y naciones

Pues bien, ¿es cierto que Dios, con su gran sabiduría, organizó el mundo distribuyendo la humanidad y el territorio entre diversas naciones claramente delimitadas con nítidas fronteras?

La respuesta es un No bastante rotundo. Ni es, ni ha sido nunca así

Pero antes de seguir, permítanme que haga un poco de metodología.

Voy a jugar con tres variables de distinta naturaleza: Estados, lenguas y naciones. Pues bien, la variable Estado es muy fácil de identificar, de “operacionalizar”: son Estados las entidades políticas reconocidas por la comunidad internacional. Las lenguas son algo más difíciles de identificar, pero disponemos de excelentes censos y bases de datos de la totalidad de las lenguas y de su distribución geográfica. Finalmente la nación es el término más complejo y más difícil porque, como ya señalaba Max Weber, no puede dissociarse del poder político. Vinculado (como en la definición del DRAE), a los conceptos de etnia o de raza (este último ya en desuso), es decir a los vínculos de la sangre, y en parte dependiente de la lengua, se presta a todo tipo de interpretaciones. Pero recordemos, etnia es nación en griego; y las naciones fueron, originalmente, las diversas lenguas. Utilizaré por ello dos indicadores de nación: el de etnia, en primer lugar, y el de lengua en segundo. El resultado es casi idéntico, como veremos.

1. Nación y Estado:

Así pues, comencemos por suponer que etnia y nación son conceptos idénticos. ¿Qué encontramos? La tarea la inicio G.P. Nielsson⁹ a finales de los años 80 primero en su conocido texto The Study and Teaching of International Relations, de 1980 y más tarde en 198, a partir del estudio de la distribución de 575 etnias¹⁰, agregado a su vez de las más de 15.000 principales que pueden identificarse. Y tras analizar la distribución de esas 575 etnias entre los Estados resultaba el cuadro siguiente:

⁸ En Charles Tilly, Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons (Russell Sage, New York, 1984; hay traducción en Alianza Editorial); la cita es de la pag.11., E. Kedourie, Nationalism, Praeger, Nueva York, 1960, p. 9.

⁹ G. P. Nielssen, Sobre los conceptos de etnicidad, nación y Estado en Alfonso Pérez-Agote (edit.), Sociología del nacionalismo, Gobierno Vasco, Bilbao, 1989, pags.193 ss.

¹⁰ Entendiendo por tal a "cualquier grupo de personas distinto de otras en términos de criterios culturales objetivos y que contiene dentro de los miembros que la compone, en principio o en la práctica, los elementos para una completa división del trabajo y para la reproducción". La definición es de Paul R.Brass, Ethnicity and Nationality Formation en Ethnicity, 3 (1976) 225. La cita es la pag. 226., reproducida por Nielsson. Así se separa la categoría étnica del grupo étnico que emerge si los miembros de una categoría mantienen una interacción continua.

- la gran mayoría de las etnias son de muy pequeño tamaño y, por ello, son uni-estatales, residen dentro de un Estado.
- Pero por ello, la mayoría de los Estados tienen más de una categoría étnica en su seno, son pues Estados pluri-etnicos o pluri-nacionales.
- Y finalmente encontraba también que un buen número de etnias o naciones, en general las más numerosas, estaban a su vez distribuidas entre varios Estados, seran pues naciones pluri-estatales.

Emerge así un complejo juego entre Estados-Nación o Estados pluri-nacionales, de una parte, y Naciones-Estado o naciones pluri-estatales, de otra. Y no olvidemos que el modelo de Estado-Nación exige que este sea el único Estado de toda la nación, pero también que esta sea al tiempo la única nación de ese Estado. Más en concreto, el resultado que obtenía Nielssen es que sólo 28 Estados de los 161 existentes cuando se confeccionó el censo respondían al ideal de correspondencia biunívoca entre nación y Estado. Todos los restantes casos eran bien naciones pluri-estatales, bien Estados pluri-nacionales.

La investigación de Nielsson se realizó antes de la caída de la Unión Soviética. Pues bien, al repetir el análisis hoy encontramos que no pocos de los nuevos Estados son también pluri-nacionales. Y así, en un resumen de resultados más reciente, el profesor Isajiw, de la Universidad de Toronto, daba los siguientes datos¹¹: de un total de 189 Estados incluidos en el World Factbook de la CIA,

- solo dos países (Islandia y Japón) listan un solo grupo étnico.
- 8 países incluyen sólo dos grupos;
- 29 al menos tres grupos;
- Y finalmente, 150 países incluyen cuatro o más grupos étnicos.

Así pues, menos de un 2% de éxito. Por lo que concluía asegurando que “prácticamente todas las naciones-Estado son más o menos multi-étnicas”. De hecho, como decía Nielsson, hay más relaciones internacionales dentro de los Estados que entre ellos.

2. Lenguas y Estados:

Analicemos ahora la otra parte de la ecuación, la que relaciona lengua y Estado, utilicemos pues la lengua como identificador de nación. Los mismos nacionalistas proceden así pues las lenguas son efecto y causa de comunidades culturales, y no podemos olvidar que, como recordaba hace poco Sartori, las *nationes* fueron originariamente las lenguas.

Pues bien, para comenzar hay que señalar que la diversidad lingüística no es menor que la étnica, 6.900 lenguas censadas, de las que sólo 78 tienen alguna literatura escrita en

¹¹ Wsevolod W. Isajiw, Democracy in the 21st Century: Diverse Ethnic Identities as a New Base for Social Order. Paper presented at the XIIIth World Congress of Sociology, Bielefeld, 1994.

uno de los 106 alfabetos inventados a lo largo de la historia¹², si bien la concentración de hablantes en unas pocas es muy fuerte, de modo que las 10 lenguas más habladas cubren casi la mitad de los habitantes del mundo.

Podríamos por ello sospechar que la mayoría de los Estados serían mono-lingüísticos. Pero una vez más la realidad es justamente la contraria: la media de lenguas por Estados es nada menos que 30, consecuencia de que la media de hablantes por lengua es inferior al millón de personas.

Datos agregados que encubren una tremenda dispersión. Así, el continente menos diverso es, con gran diferencia, Europa. La media europea de lenguas por país, sólo 4,6, es casi la sexta parte de la media mundial de 30, y quizás por eso Europa, pero sólo Europa, ha podido crear durante tanto tiempo en la ecuación lengua = nación = Estado.

Esta fuerte homogeneización lingüística de Europa contrasta con la fuerte dispersión en otros continentes, singularmente Oceanía, donde la media de lenguas por país es de casi 50 y la media de hablantes por lengua ¡no llega a 5.000 personas! Estos dos extremos, Europa y Oceanía, no deben hacernos olvidar que América, por ejemplo, tiene una media de casi 20 lenguas por Estado.

El resultado final (son estimaciones de Jacques Leclerc, del *Centre International de Recherche en Aménagement Linguistique* (CIRAL) de la Universidad Laval de Canadá¹³), es que solo habría 25 Estados lingüísticamente homogéneos¹⁴ entendiéndose por tal que el 90% o más de la población habla la misma lengua. Y llama poderosamente la atención el que casi todos ellos (salvo cuatro: Bangla Desh, Japón, Corea y Polonia), son países pequeños, de 10 millones o menos de población.

De modo que, contra una extendidísima creencia (y llamo de nuevo la atención sobre el concepto orteguiano de “creencia”), menos del 15% de los Estados (que engloban menos del 10% de la población del mundo) son lingüísticamente homogéneos. Así, si vivir en un Estado-Nación que es al tiempo Nación-Estado tiene una probabilidad de un 1 o un 2%, como mucho, vivir en un Estado lingüísticamente homogéneo tiene una probabilidad aproximada de un 10%.

3. Fraccionamiento etno-linguístico

Veamos, finalmente, qué nos dice el índice de fraccionamiento etno-lingüístico, un indicador elaborado para casi todos los países del mundo, y que mide la probabilidad de que, dos personas de ese país que se encuentren al azar, pertenezcan a dos grupos etno-lingüísticos diferentes. Es pues una medida de pluralismo étnico y/o lingüístico, que es igual a 0 si todos los miembros de ese país pertenecen al mismo grupo, y se aproxima a 1 a medida que aumenta la diversidad. En este caso utilizo el índice construido para 145 países

¹² La misma cifra y similar distribución de lenguas en el mundo puede encontrarse en la *Cambridge Encyclopedia of Language* (1997), citada en el *Informe Mundial sobre la Cultura*, Unesco, 2000.

¹³ Pueden verse estos datos en www.ciral.ulaval.ca/alx/

¹⁴ Entendiéndose por tal que el 90% o más de la población habla la misma lengua.

del mundo por Anthony Annet de la Universidad de Columbia, que se puede obtener en la página web del Fondo Monetario Internacional¹⁵.

Pues bien, solo 15 de los 145 países para los que se dispone de índice lo tienen inferior al 10%, es decir, en ellos la probabilidad de que dos personas al azar pertenezcan a dos grupos lingüísticos es inferior a 1 de cada 10. Por cierto, casi todos países europeos (ocho; los otros son Corea, Japón, Arabia Saudita, Túnez y tres pequeñas islas –Comores, Seychelles y Tonga). La media para los 145 países es, justamente, el 48%. Es decir, la probabilidad media de que, en un país cogido al azar, dos personas que se encuentran al azar pertenezcan al mismo grupo etno-lingüístico es del 50%. Como tirar una moneda al aire.

En resumen, lenguas, naciones y Estados no parecen ajustarse entre sí. La distribución del territorio del mundo entre las naciones y la distribución de ese mismo territorio entre los Estados, no se superponen sino que se solapan.

Entremos por ello en el tercer argumento. Veamos a las naciones en el espacio y no solo en el plano. Pasemos a un mundo tridimensional.

Naciones de naciones...de naciones

Pues padecemos un raro defecto de geometría política –otra creencia más- que nos hace ver como algo obvio que las naciones se distribuyen sobre un espacio plano, unas al lado de las otras, como mónadas auto-suficientes que no se pueden mezclar. Sin embargo las culturas, como las lenguas y las naciones, no solo se distribuyen horizontalmente, unas al lado de otras, como realidades extensas, sino también -y sobre todo- verticalmente, como familias culturales y realidades intensas, de modo que, además de culturas locales, hay culturas nacionales, culturas regionales que abarcan a varios países (como la latinidad, por ejemplo), y "civilizaciones" o culturas de tercer y cuarto nivel (como aquellas con las que trabaja Huntington, por ejemplo). Entremos pues en el tercer argumento y veamos a las naciones en el espacio y no solo en el plano. Pasemos a un mundo tridimensional.

Esto, tan obvio por lo demás, es lo que hace comprensible que la gente se sienta al tiempo, por ejemplo, del Ampurdán, catalán, español y europeo, e incluso ciudadano del mundo, todo ello en proporciones variables. Por ejemplo, en España, y el tema está estudiado hasta la saciedad, menos de un 20% de los españoles se siente sólo españoles, y algo menos de un 10% se sienten sólo de su región. Los demás (más del 70%) combinan identidades nacionales y regionales en porcentajes variados. De hecho, esa doble identidad abarcaría a más del 60% de los vascos, más del 70% de los catalanes y más del 90% de los gallegos. Y hay que resaltar que España es de los países del mundo con identidades regionales más fuertes y marcadas pero con un menor nacionalismo español.

Y, por supuesto, lo que ocurre dentro de los países se repite hacia afuera: los datos del Eurobarómetro muestran que algo menos de un 5% de los europeos se siente sólo europeos; los demás son daneses, o italianos, o franceses...y europeos en proporciones variables. Recordemos que fue Montesquieu quien en sus Réflexions sur la monarchie

¹⁵ A. Annet, Social Fractionalization, Political Instability and the Size of Government, IMF Staff Papers, vol. 48, 3, IMF, 2001. Puede verse en <http://www.imf.org/External/Pubs/FT/staffp/2001/03/pdf/annett.pdf>.

universelle en Europe, escritas en 1727, y al hilo de su dura crítica a la monarquía española, comentó que *l'Europe n'est plus qu'une nation composée de plusieurs*, Europa es una nación compuesta de naciones. Y de hecho, si pretendemos articular una identidad europea, sólo podremos hacerlo como pensaba Montesquieu (y no como dice el Tribunal Constitucional alemán), que es también el modo como en España estamos intentado articular las varias identidades: no como mónadas que se repelen, sino como un juego de muñecas rusas, unas encima / debajo / dentro de otras. De modo que los Estados son, no solo nación de naciones, sino también nación de naciones....de naciones, y así sucesivamente hasta abarcar a la humanidad entera.

Pero cuidado, nación de naciones...pero también de ciudadanos. Y creo que los sociólogos hemos hecho un flaco favor a la comprensión de este complejo problema al aceptar (nosotros también; otra vez las creencias) que las naciones son mónadas, supuesto implícito en la pregunta clásica: es usted sólo catalán, más catalán que español, ambas cosas por igual, etcétera., una pregunta importada de Québec y que nos hace visualizar el tema binariamente: o lo uno o lo otro, como vasos comunicantes. Y esto es un error científico y político pues la gente compatibiliza ambas cosas (y muchas más, por supuesto) sin dificultad alguna, y lo que les incomoda es que se les obligue a elegir, algo así como cuando a un niño se le pregunta a quien quiere más, a papa o a mamá.

Así cuando se ha hecho el experimento de indagar los niveles de identidad regional y nacional, uno al margen del otro, y no “uno u otro” –como ha hecho entre nosotros Joaquín Arango-, lo que se descubre es algo muy interesante¹⁶. La mayoría de los españoles, siete de cada diez, se declaran máximamente españoles, es decir, escogen el 10 cuando se les pide que marquen su españolidad en una escala del 1 al 10. Pero más de la mitad de ellos se declaran, al tiempo, y no “a pesar de”, máximamente murcianos, riojanos, canarios o manchegos o valencianos.

En Cataluña, por ejemplo, y junto a quienes se sienten catalanes pero no españoles o españoles pero no catalanes, tipos humanos bien conocidos, emergen otros dos tipos humanos, hasta ahora casi ignorados. De una parte quienes se sienten muy catalanes y muy españoles al tiempo; casi un 50% de los catalanes se sienten máximamente catalanes, pero hete aquí que la mitad de ellos (así pues, no menos de un 25% de la población) se sienten también máximamente españoles. Y de otra, por supuesto, quienes se sienten poco o nada catalanes pero también poco o nada españoles, no menos de un 10%, personas, ciudadanos de bajo nacionalismo, a quienes olvidamos sistemáticamente.

De modo que sí, nación de naciones, pero también de simple ciudadanos no encuadrados ni identificados con ninguna, ciudadanos a secas. Tanto o más que incompatibilidad de sentimientos, lo que vemos es que hay tipos humanos que vibran en todos los diapasones, y otros que, al parecer, no lo hacen en ninguno.

Y lo estamos liando aun más...

Saquemos ya una primera conclusión, bastante rotunda: aun aceptando amplísimos márgenes de error en todas estas cuantificaciones, ni estamos ni hemos estado nunca en

¹⁶ Véase Joaquín Arango, en X. Antich, A. Castiñeira y J. Colominas (eds.), Cataluña-España. Relaciones políticas y culturales, Icaria, Barcelona, 2003, pp. 95 ss.

la ecuación lengua = nación = Estado. No hay crisis del Estado-Nación; es que siempre ha sido una mentira o al menos una media verdad. Y por muchas vueltas que le demos, la distribución de varios miles de lenguas y de etnias entre pocos cientos de Estados da como regla Estados multi-lingüísticos y multi-étnicos y naciones multi-estatales.

Pero es que además, aunque Dios sí hubiera hecho el mundo social ordenado como lo desean los nacionalistas, los humanos nos hemos entretenido en estropearle el diseño y lo estamos haciendo irreconocible a cauda de la emigración y los movimientos de población en el mundo.

En 1975 había solo 84 millones de emigrantes; hoy son bastante más de 200 millones, y se estima que anualmente emigran otros 2 millones y otro tanto solicita asilo, de modo que asistimos hoy a una segunda oleada de migraciones internacionales sólo comparable (pero bastante superior) a la de finales del XIX.

Pero no solo la cantidad de emigración, también su calidad o composición. El cuadro adjunto¹⁷ muestra una matriz de regiones de origen y de destino de la emigración y lo que muestra es una enorme complejidad. Por poner un ejemplo, en la EU residen más de 4 millones de emigrantes procedentes del Norte de África, más de 2 millones del África subsahariana y otro millón de África del Sur, más de 2,5 millones de América del Sur, casi cinco millones de Turquía y Oriente Medio, 1,2 del sudeste asiático y 1,7 del sur de Asia. Y otro tanto podemos decir de los Estados Unidos, Canadá e incluso Japón.

El resultado es, por una parte, que los emigrantes son más del 15% en Madrid, el 20% en París, casi el 30% en Londres, cerca del 40% en Nueva York, por encima del 40% en Los Angeles, y más del 50% en Toronto, Vancouver o Miami. Y con una composición crecientemente compleja que se aleja más y más del modelo clásico de mayoría y minoría. Hay colegios de Madrid y Barcelona con más de 40 minorías lingüísticas, pero son más de 200 lenguas las que se manejan en las escuelas de Nueva York. Es la ensalada, no el crisol.

La consecuencia de todo ello es la emergencia de “ciudades globales”, literalmente microcosmos del mundo, en las que las fronteras políticas se dislocan en relación con las fronteras culturales, que devienen lo que hace años llamé micro-fronteras¹⁸: gentes con variadas creencias religiosas, lenguas maternas, perteneciendo a distintos grupos étnicos, con variados hábitos culinarios o vestidos, que viven juntos co-existiendo (y eventualmente con-viviendo) en las mismas fábricas, oficinas, universidades, supermercados, hoteles, museos o discotecas. Y por ello, más allá del regusto positivo o negativo que pueda producirnos el vocablo “multiculturalismo”, y más allá de repetidas discusiones filosóficas sobre el relativismo cultural (que no comparto en absoluto), el multiculturalismo es un hecho, un dato, una realidad que se juega cotidianamente en andamios, en invernaderos, bares, plazas, discotecas o simples rellanos de la escalera. El mundo se ha llenado de espacios sociales de convivencia multicultural.

Y quiero destacar finalmente, antes de concluir, que la “creencia” en el Estado-Nación homogéneo, al igual que la simétrica creencia en la Nación-Estado, no son, en absoluto,

¹⁷ Véase <http://siteresources.worldbank.org/INTPROSPECTS/Resources/South-SouthmigrationJan192006.pdf>.

¹⁸ Véase, *Fronteras culturales*, en E. Lamo de Espinosa (editor) *Culturas, Estados, Ciudadanos*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, págs. 13-79.

creencias inocentes. Pues las creencias son performativas, pretenden realizarse, se transforman en profecías que se auto-cumplen: como somos una nación, vamos a ser una nación, para lo que tenemos que desembarazarnos de quienes no están de acuerdo en que somos una nación. Y se da así la paradoja de que una de las más importantes causas de las actuales emigraciones internacionales es justamente el intento de purificación étnica, de “limpieza étnica” de muchos Estados multi-étnicos, el intento pues de construir Estados-Nación o Naciones-Estados, que expulsan población “impura”, que pasa a reforzar la diversidad étnica o cultural de otros Estados vecinos.

Ya el Informe del Alto Comisionado de la ONU para los refugiados del año 1994 señalaba que la mayoría de los 24 millones de personas desplazadas fuera del territorio de sus países eran fruto de guerra civiles de carácter étnico, como los conflictos en la ex-Yugoslavia o Ruanda o los anteriores de Biafra o los actuales en Sudan. De hecho es paradójico que hoy el mundo asista a una notable reducción de la conflictividad bélica clásica, es decir, inter-estatal, al tiempo que crece desmesuradamente la conflictividad intra-estatal, la mayoría derivada de conflictos nacionales, como vemos en el cuadro adjunto¹⁹. Al fin y al cabo, las creencias como las ideologías son la más peligrosa arma de destrucción masiva.

Algunas conclusiones para españoles, antes de acabar:

¿Qué conclusiones podemos sacar de todo ello?

La primera es que, como ha escrito Vaclav Havel, “se perciben todos los indicios de que la gloria del Estado-nación como culminación de la historia de toda comunidad nacional, y su más sublime valor en la tierra -el único, de hecho, en el nombre del cual es permisible matar, o por el cual se espera que muera la gente- ya ha pasado su punto álgido. En el próximo siglo -este siglo ya, continua Havel-la mayoría de Estados empezarán a evolucionar..., hacia unidades administrativas menos poderosas y más racionales....una de las muchas formas complejas y multiestratificadas en las que se organiza nuestra sociedad planetaria” 20. Creo que es una opinión bastante sensata.

Reforzada por el hecho de que pretender que los 191 Estados hoy reconocidos por Naciones Unidas se asienten sobre *demos* o pueblos culturalmente homogéneos es hoy un sin sentido. Pues, o bien multiplicamos los Estados para ajustarlos a las etnias/naciones/lenguas, hasta hacer el mundo políticamente inmanejable, y ya lo es con los Estados existentes. O bien modificamos nuestra idea de Estado-Nación separando la lealtad y la pertenencia a un Estado de la identidad cultural, diferenciando pues entre fronteras políticas y fronteras culturales. Lo que, si se piensa un poco, no es sino profundizar en la tendencia a la secularización del Estado que comenzó ya en el siglo XVII tras las guerras de religión. Si los Estados no tienen religión, ¿pueden tener culturas propias, que son en todas partes un derivado de las religiones? Dejo para otra conferencia el intento de elucidar los múltiples matices de esta pregunta y de su compleja contestación.

¹⁹ Tomado de R. Cincotta, R. Engelman y D. Anastasion, The Security Demographic. Population and Civic Conflict Alter the Cold War, Population Action International Washington, 2003 p. 19.

²⁰ Vaclav Havel, *Kosovo y el final del Estado-nación*, Pasajes, 2000, p.37.

En todo caso, y esta sería la tercera conclusión, hasta el momento hemos gestionado democracias culturalmente homogéneas. Pues bien, sospecho que debemos aprender a gestionar democracias de la diversidad cultural, sociedades en las que demos por supuesto que, cuando dos personas se encuentran al azar, hay un 50% de probabilidad de que pertenezcan a distintos grupos etno-lingüísticos. ¿Cómo? No es fácil, pues la homogeneidad es simple, pero la diversidad es, por definición, diversa.

¿Algún ejemplo al menos? Con modestia apunto que creo que sí disponemos de algún buen ejemplo de democracia moderna que acepta la diversidad sin por ello celebrarla o mitificarla: una nación constituida alrededor de una pluralidad de etnias, emigrantes y culturas, y sin lengua oficial alguna, multicultural pues, pero igualitaria y democrática, la primera “sociedad multirracial del mundo” como la denomina Pascal Bruckner²¹. Hablo, por supuesto de los Estados Unidos, una “nación de nacionalidades”, como la denomina Sartori²², con terminología ciertamente curiosa vista desde hoy y desde aquí y si se la compara con la definición ya dada de Montesquieu. ¿Es casual que sean los Estados Unidos el país que sigue integrando más y mejor a sus emigrantes, mientras los europeos fracasamos, ya sea con modelos alemanes o con modelos franceses, o incluso con los multiculturales? “Si algo puede enseñarnos Estados Unidos –dice Pascal Bruckner- es el sentido de nación”. Pero recordemos que incluso el país que más y mejor integra emigrantes, el país que ha sido históricamente un cementerio de lenguas y culturas, puede llegar a ser bilingüe en inglés y español, y lo es ya en muchas de sus principales ciudades.

Pero la última conclusión que deseaba sacar, y quizás es la más importante, es que este cuchillo corta por los dos lados. Pues si el modelo del Estado-nación no nos vale, menos aun vale el de la nación-Estado. Y me sorprende una y otra vez que los mismos que critican al Estado-Nación, con bastante razón, proponen como solución más de lo mismo, es decir Nación-Estado. Lo que es tanto como decir “quítate tú que me voy a sentar yo”.

Es cierto que los Estados deben renunciar a la pretensión decimonónica de construir naciones culturales “normalizando” sus poblaciones, renuncia que es ya efectiva en casi todo el mundo desarrollado. Pero si los viejos Estados democráticos han renunciado en casi todas partes a su vocación de naciones puras, los viejos nacionalismos no han hecho lo mismo, y tanto aquí, en España, como en Europa, en los Balcanes, el Cáucaso, incluso en América Latina y en muchos otros lugares, mantienen viva la llama del nacionalismo, aprovechando cualquier poder del que disponen para “nacionalizar”, homogeneizar o “normalizar” “sus” territorios (todo con muchas comillas) con ánimo indudable de construir nuevos Estados-Nación. Es como pretender resolver un problema del siglo XXI con soluciones del XIX.

Hace años Juan Linz nos mostró que el nacionalismo español se caracterizaba por un doble fracaso. El Estado decimonónico no llegó a nacionalizar, “hispanizar”, todo el territorio, y se le escaparon al menos dos o tres regiones. Pero tampoco en esas regiones sus nacionalismos consiguieron euskaldunizar o catalanizar a toda su población, sin duda porque el proyecto político nacionalista entró en contradicción con las exigencias del desarrollo económico y de emigración de mano de obra. Doble fracaso de los dos nacionalismos simétricos, que ha producido una doble pluralidad o una doble identidad. O,

²¹ *La tentación de la inocencia*, Anagrama, 1999, p.134.

²² G. Sartori, *La sociedad multiétnica*, Taurus, Madrid, 2001, p.51.

por decirlo de otro modo, no un Estado plurinacional, en el que las naciones se sitúan en un plano como piezas de un puzzle que hay que armar, sino como una doble nación de nacionalidades y ciudadanos. Pues si los Estados son plurales, también lo son sus regiones, e incluso más aun que los Estados. Por ejemplo, en la Cataluña real sólo un 16% de los ciudadanos se sienten sólo catalanes, y ni siquiera quienes se sienten primordialmente o sólo catalanes serían una mayoría (son sólo el 43%). Incluso ahora mismo ni siquiera hay una clara mayoría de catalanes que crean que Cataluña es una nación. De modo que igualmente podríamos decir que Cataluña es una nación, sí, pero una nación ...española.

Otro ejemplo. La Constitución española habla de cuatro lenguas “españolas”, aunque tres de ellas son lenguas nativas de menos de un 10% de la población. Pues bien, el Estatuto de Cataluña considera que el castellano no es lengua “propia” de Cataluña, aunque sea lengua nativa de más de la mitad de los catalanes, concretamente del 53%.

Hace años se dijo en relación con Canadá: Canadá no desea expulsar a Québec; son algunos quebequeses quienes desean expulsar a Canadá de Québec; el problema no es el lugar de Québec en Canadá sino el de Canadá en Québec. Pues bien, el problema no es ya el del lugar de Cataluña o del País Vasco en España, que está resuelto y bastante bien resuelto hace tiempo con la Constitución de 1978 y los Estatutos de Autonomía, aunque sin duda admite mejoras. Lo que discutimos hoy es el lugar de España y de lo español en Cataluña o en Euskadi, que es cosa muy distinta.

Y regreso al principio. *Repito una vez mas –dice Ortega-.... El Estado empieza cuando se obliga a convivir a grupos nativamente separados. (Pero) esta obligación no supone desnuda violencia, sino que supone un proyecto....una tarea común...Se llama a las gentes para que juntas hagan algo.*

Se llama a las gentes para que juntas hagan algo. El Estado, y la nación dentro de el, son un proyecto de futuro. El pasado es siempre un juego de suma cero: o son tuyos o son míos los archivos y los muertos. Alguien tuvo que tener la culpa de lo que ocurrió, o vosotros, o nosotros. Pero el futuro está abierto, y en el nos fusionamos en la esperanza de alcanzar más para todos. Lo que necesita España no es historicismo sino futurismo, no buscar mapas del XIX sino ver dónde estaremos a finales del XXI.

Ser una nación, o no ser una nación, y esto es lo que he tratado de argumentar, ni da ni quita derechos. Pero eso sí, mientras discutimos apasionadamente si son galgos o podencos, y dedicamos a ello todos nuestros recursos políticos (Plan Ibarretxe primero, Estatuto de Cataluña después, quien sabe qué más adelante), el tiempo se nos pasa discutiendo, nuestra economía pierde competitividad, las exportaciones se hunden, las entradas de capital extranjero se ralentizan, las empresas se deslocalizan, la economía del conocimiento no acaba de arrancar ¿A quien le importa cuantas naciones somos si, mientras lo discutimos, todas ellas, emperradas en arreglar el pasado, pierden el futuro?

Bibliografía

Biswas, S (2002) W(h)ither the Nation-state? National and State identity in the Face of Fragmentation and Globalisation, *Global society*, 16 (2), Abingdon: Carfax.

- Dittgen, H (1999) World without Borders? Reflections on the Future of the Nation-State, *Government and Opposition*, 34 (2)
- Germain, R. D. (2000) *Globalization and its Critics: Perspectives from Political Economy*, Basingstoke: Macmillan.
- Guehenno, Jean Marie (1996), *The End of the Nation State*, University of Minnesota Press.
- Heywood, A. (1997) *Politics*, Basingstoke: Macmillan.
- Hirst, P. and Thompson, G. (1996) *Globalization in Question: The International Economy and the Possibilities*, Cambridge: Polity.
- Holton, R. J. (1998) *Globalisation and the Nation-State*, London: Macmillan.
- Jauregui, Gurutz, (2000), *La democracia planetaria*, Oviedo, Ediciones Nobel.
- Jones, R. J. B. (2000) *The World Turned Upside Down?: Globalization and the Future of the State*, Manchester: Manchester University Press.
- Kenichi Ohmae, *The End of the Nation State; The Rise of Regional Economies*, The Free Press, Nueva York, 1995.
- Kofman, E. and Young, G. (1996) *Globalization: Theory and Practice*, London: Pinter.
- McGrew, A. G., Lewis P. G. et al. (1992) *Global Politics: Globalization and the Nation-State*, Cambridge: Polity Press.
- McLennan, G., Held, D. and Hall, S. (1984) *The Idea of the Modern State*, Milton Keynes: Open University Press.
- Prakash, A and Hart, J. A. eds. (1999) *Globalization and Governance*, London: Routledge.
- Shaw, M. (2000) *Theory of the Global State: Globality as an Unfinished Revolution*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Strange, S. (1996) *The Retreat of the State: The Diffusion of Power in the World Economy*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Waters, M. (2001) *Globalization*, 2nd ed., London: Routledge.